

Aires, junto a sus hijos Martín y Gabriel, a mi amigo Jorge Sivak; su intensa vida y su final trágico, ya en democracia, a consecuencia de sufrimientos que le ocasionó la guerra sucia. Y si sigo retomando emociones, te cuento de otro viaje a Chile, después de aquel retorno al «Chile Crea». Yo ya había participado para el aniversario de los treinta años de la muerte del Che. Eso fue en el 97, en el Estadio Nacional, con toda la conmoción de estar cantando frente a unas tribunas pobladas de mucha gente joven, en aquel lugar donde estuvieron encerrados tantos presos y torturados. En el 2003 volví por el aniversario de los treinta años de la muerte de Salvador Allende, donde estuve con su hija Isabel, cuando se inauguró un busto del Compañero Presidente en un barrio humilde de Santiago y se hizo un gran acto en el Estadio Nacional de Chile. Y también un nuevo reencuentro con Joan Jara, ahora profesora de danza. Visité la Fundación Víctor Jara, donde ella busca rescatar la memoria de este cantor, que sigue vivo en sus canciones, en la coherencia de sus ideas. Eso siento, más allá de diferencias ideológicas, que fueron habituales entre muchos de nosotros en ese período en Chile. También se produjo, al comenzar este siglo, mi regreso a Paraguay. Ese país había estado prohibido desde siempre para nosotros por la larguísima dictadura. Ya había cantado allí en festivales, había visitado algunas prisiones y centros de tortura que habían existido en Asunción. Esta segunda vez vuelvo a un festival en apoyo a un proyecto de cooperativas, ligado a nuestra federación de cooperativas FUMM. Y el regreso a El Salvador, donde he vuelto a encontrar a músicos de allí que había conocido hace décadas en el exilio, como el caso del grupo «Yolocamba I Ta». Algunos de ellos son de formación jesuita, porque en ese país casi todo pasa por la fe. Cuando voy a El Salvador a veces comparto actividades particularmente con un grupo local que se llama «Exceso de Equipaje». Ellos, periódicamente, realizan presentaciones en un programa de radio que se hace en diferentes parroquias; se reúnen vecinos de la zona, se graba y después se pasa otro día. Allí se junta en una mesa gente representativa de muy diferentes líneas políticas, y un delegado del barrio, y el público les hace preguntas. Es una experiencia muy linda, muy abierta, y hay música en los intervalos, donde participa este grupo, y cuando ando por ahí de gira me invitan también a mí a cantar.

– *Como que a la realidad te conectás mucho a través de los movimientos sociales aquí y allá, trabajás con esos sectores...*

– Lo que pasa es que la actividad de los movimientos sociales va tomando un lugar considerable en la vida política de nuestros países, el trabajo de las bases. Y en ese sentido otra experiencia importante para mí han sido los actos en relación con el movimiento de los Trabajadores Sin Tierra, del que mucho me habló ese tenaz luchador que fue «El Viejo» Andrés Cultelli. En Brasil, con Los Sin Tierra, he sentido la importancia de los movimientos sociales, cómo eso va cobrando un peso que a veces puede ser tan o más importante que los partidos o las organizaciones políticas. También han sido positivos mis contactos con los Foros Sociales Mundiales, que se hicieron, por ejemplo, en Porto Alegre. Y volviendo a la música, en Brasil, en Río, no quiero dejar de contarte que me encontré con alguien que sé que vos admirás desde siempre, Mario. Nada menos que Dorival Caymmi, con sus más de noventa años, que por vía de su nieta, la cantante Juliana Caymmi, nos recibió a mí y a Lourdes, en su apartamento carioca, con un cariño y una fraternidad asombrosa. Le hice una larga entrevista, y terminamos cantando juntos, sin guitarra, trozos de canciones suyas. Fue una experiencia inolvidable con este gran símbolo de la cultura brasileña. Y si pienso de nuevo en México, participé en un festival organizado por fuerzas progresistas que se realizó en el Zócalo de la capital, un evento llamado «Siglo XX: Revoluciones, Sueños y Pendientes». Me impresionó cantar por primera vez en ese enorme espacio frente a uno de los públicos más numerosos de mi vida, porque eran miles y miles de personas. Y en esa ocasión además, mientras yo estaba cantando, muy a lo lejos se sentía la música de los danzantes, que trabajan allí todo el día, y que evocan el pasado prehispánico de México. Y era una situación muy emocionante, un contrapunto que yo agradecí diciendo que no me interrumpían sino que me alimentaban. Por cierto, en ese acto en México conocí a uno de los últimos sobrevivientes de Los Dorados de Pancho Villa y pude entrevistarlo. Eso es lo que yo rescato cuando salgo, frente a la insistencia de los viajes, que tienen el costado un poco... de que hay que llevar la guitarra en mano, de que las valijas... de los cambios de horario en el sueño... es la parte pesada del oficio, pero todo eso tiene como

contrapartida los encuentros, el descubrimiento de otras realidades y el diálogo con tantos seres. En Venezuela fui a cantar para el «Festival de la Juventud y de los Estudiantes», en Caracas, en un encuentro de jóvenes también masivo, donde hubo gente de toda América Latina, entre ellos también delegaciones de uruguayos. Ese país donde yo siempre menciono el hermoso recuerdo que tengo de Alí Primera, ese trovador que es todo un símbolo popular. En una de esas visitas a Venezuela también pude conocer la experiencia bolivariana de «Barrio adentro», donde vi una cantidad de centros de asistencia médica para la gente menos favorecida que vive en esa parte de los cerros y la presencia de médicos cubanos compartiendo con ellos la vida en humildes viviendas de esa zona alta de la ciudad. Los voluntarios cubanos, a veces durmiendo en el suelo, pasando meses lejos de la isla, están al firme con su solidaridad y con todo ese sistema de asistencia zonal de salud. Ese esfuerzo por la salud colectiva es una cosa que me sorprendió mucho en Venezuela.

– *¿Y cómo es tu actividad de estos últimos tiempos en Uruguay?*

– Lo principal son los recitales, que casi siempre son cielos una vez al año. Se hacen en la inquieta Sala Zitarrosa, que ha impulsado el desarrollo de la música uruguaya; en El Galpón, que mantiene su tradición de apertura al género; o en el Teatro Solís, remodelado y afortunadamente también abierto a la música popular. El Solís es una hermosa sala y sigue siendo emocionante para mí cantar ahí por tantos recuerdos. Mi madre tocó allí muchas veces y también con mi padre yo iba de muy niño a escuchar a la Banda Municipal que dirigía Vicente Ascone. Me llamaba mucho la atención el director sobre la tarima, con la batuta, frente a la Banda sonando. Aunque después tuve una gran sorpresa cuando vi al director Leopoldo Stokowsky, dirigiendo sólo con sus manos en la película *Fantasia* de Disney. Me impresionó muchísimo la música de *La Consagración de la primavera* de Stravinsky, animada con dibujos sobre la era prehistórica. Yo tenía cinco, seis años. Cuando volví a casa comencé un juego: dirigía una orquesta imaginaria, reproduciendo con la voz pasajes de las obras, imitando algunos instrumentos de la orquesta. Poco tiempo después llegué a tener una batuta que me trajo mi madre de ese gran maes-